

rokeya sakhawati hassain



El sueño de Sultana¹

Rokeya Sakhawat Hossain

Nota para el lector

Rokeya Sakhawat Hossain (1880–1932), escritora, educadora y reformista, nació en el seno de una familia bengalí-musulmana. Con apenas veinticuatro años dio vida a *Sultana's Dream*. En aquel momento, las luchas feministas comenzaban a articularse con fuerza en torno a la educación, la ciudadanía y el sufragio en luchas distribuidas en distintos puntos del planeta.

Escrito hace ya más de cien años, *El sueño de Sultana* (1905) fue una sátira y una provocación al imaginar, a través de la ensoñación, una Tierra de Mujeres. Aquella tierra en la cual, a contraste de la luz de lo real, existiera un lugar dominado por las mujeres.

Este pequeño cuento, del cual presentamos aquí un fragmento, es una apertura radical a la imaginación de otros mundos, otra relación entre género, sociedad y naturaleza y, por ende, otra tecnología. Mucho antes de que la sustentabilidad se volviera una preocupación dominante, Rokeya imaginó, desde una epistemología alternativa, una sociedad que hacía uso de energías limpias y reorganizaba la vida colectiva en una clave no violenta. Y todavía se permitió soñar con vehículos voladores.

¹ Traducción y edición realizadas por Fede Fuenzalida sobre el original de 1905: *Sultana's dream. The Indian Ladies' Magazine*.

Para comenzar este fragmento, es necesario que el/la lector/a evoque un bello jardín onírico, en el cual la hermana Sara ha invitado a pasear a Sultana, quien, al caminar, declara:

«Es que nosotras no podemos decir nada de la manera en la que se organizan nuestros asuntos sociales. El hombre es el dueño y señor de India, él tiene todos los poderes y privilegios. Las mujeres siempre están encerradas en la *zenana*²».

«¿Por qué permiten que las encierren?».

«Porque son más fuertes que las mujeres».

«Un león es más fuerte que un hombre. ¿Le da su fuerza el privilegio de dominar a toda la raza humana? Tienen los ojos cerrados ante esta injusticia y han rechazado sus propios deberes y derechos naturales».

«Pero, Hermana Sara, si nosotras hiciésemos todo, ¿qué harían los hombres?».

«Perdona que te diga que no tendrían que hacer nada. Ellos no son capaces de hacer ninguna cosa. Enciérralos en la *zenana* y se acabarán sus problemas».

«¿Y sería fácil atraparlos y encerrarlos entre cuatro paredes?», le pregunté. «Y si lo pudiésemos hacer, ¿quién se haría cargo de todas las gestiones políticas y comerciales? ¿Las harían desde la *zenana*?».

Hermana Sara ni contestó. Simplemente sonrió amablemente. Quizás pensó que era mejor no discutir con alguien como yo, que era tan inútil como una rana que ha saltado dentro de un pozo.

Llegamos a casa de Hermana Sara. Estaba en un jardín con forma de corazón y era una casa tipo bungalow con un tejado de

² Habitación reservada al uso de las mujeres en países como la India o Pakistán.

hierro ondulado. Era más bonito y fresco que cualquiera de nuestros edificios más ricos. No puedo contarles lo limpio y lo bien amueblado que estaba. La decoración tenía un gusto maravilloso. Nos sentamos al lado. Del vestidor trajo un bastidor con algo que estaba tejiendo.

«¿Sabes tejer y coser?».

«Claro, es lo único que se puede hacer en la *zenana*».

«Oh, es verdad. Nosotras no podemos confiar en que los hombres de nuestras *zenanas* hagan este trabajo», me dijo riéndose. «¡Un hombre no tiene paciencia ni para hilvanar la aguja!».

«¿Has hecho tú sola todo esto?», le pregunté mientras veía muchos paños hechos a ganchillo.

«Sí». «¿Y de dónde sacas el tiempo para hacerlo? Porque me has dicho que no te ocupas de los asuntos legales en tu trabajo, ¿no?».

«Sí, pero no paso todo el día en el laboratorio. Tardo dos horas en acabar la tarea diaria».

«¡Acabar todo en dos horas! ¿Cómo eres capaz de hacerlo? En nuestra tierra los funcionarios como los jueces trabajan siete horas al día».

«He visto a alguno de ellos mientras trabajan. ¿Crees que están trabajando las siete horas?».

«¡Pues claro!».

«No, querida Sultana. No lo hacen. Se escabullen mientras fuman. Alguno de ellos fuma de dos a tres puros por turno. Luego hablan de su trabajo, pero hacen muy poco. Uno de sus puros tarda media hora en consumirse. Si un hombre fuma alrededor de doce puros al día, te darás cuenta de que consumen seis horas diarias solo en fumar».

Hablamos de muchas cosas. Aprendí que en su tierra no había epidemias y que los mosquitos aquí no picaban. Me sorprendía mucho saber que en la *Tierra de las mujeres* nadie moría joven a no ser que ocurriese algún accidente.

«¿Quieres ver nuestra cocina?», me preguntó. «Me encantaría», le contesté. Fuimos a verla. La cocina estaba en un jardín de verduras. Cada enredadera, cada tomatera, era como una pieza de decoración por sí misma. No había humo, ni una sola chimenea en toda la cocina. Todo estaba limpio y brillante. Había flores del jardín en cada ventana. No había rastro ni de carbón ni de fuego.

«¿Cómo cocináis?», pregunté.

«Con energía solar», me respondió mientras me enseñaba un tubo a través del cual llegaba la luz del sol y el calor. Se puso a cocinar para que viese cómo funcionaba.

«¿Y cómo guardáis la energía solar?», le pregunté totalmente perpleja.

«Antes te voy a contar un poco de nuestra historia. Hace treinta años, nuestra Reina heredó el trono cuando tenía trece años. El título de Reina era testimonial pues el que gobernaba el país era nuestro Primer Ministro.

A nuestra Reina le encantaba la ciencia así que aprobó una ley por la cual cada mujer que viviera en este reino debía recibir educación. Se fundaron escuelas solo para niñas patrocinadas por el gobierno para garantizar la propuesta de la Reina. La educación se extendió por toda la tierra, para que cada mujer pudiese estudiar. Se detuvo el matrimonio de niñas pequeñas, pues ninguna mujer podría casarse si no tenía veintiún años. Antes de estos cambios, nosotras también vivíamos en *purdah*³».

³ Práctica de reclusión de mujeres que impide que estas sean vistas por hombres con los cuales no tengan una relación familiar.

«Le dieron la vuelta al tablero», le interrumpí con una sonrisa. «Pero la reclusión sigue», dije.

«En unos cuantos años teníamos universidades separadas, donde no se permitía que entraran los hombres. En la capital, donde vive nuestra Reina, hay dos universidades. En una de ellas inventó un globo al que se le añadieron muchos tubos. Este globo flotaba siempre sobre la tierra de las nubes y captaba el agua de la atmósfera para que no hubiese escasez. Así las universitarias acumulaban toda el agua y se pararon las tormentas y las lluvias».

«Mientras las mujeres investigaban, los hombres se centraban en incrementar el poder militar. Los hombres se reían sin parar y decían que todo era ‘una pesadilla romántica’ cuando se enteraron de que las universitarias estaban acumulando energía del sol y agua de la atmósfera».

«¡Todos sus logros son maravillosos! Sin embargo, todavía no me has dicho cómo has podido encerrar a todos los hombres entre las cuatro paredes de la *zenana*. ¿Los capturaste?».

«No».

«No es probable que abandonaran su libertad y la vida al aire libre de la que disfrutaban por vivir entre las cuatro paredes de una *zenana*. ¿Lograron tener más poder que ellos?».

«Por supuesto».

«¿Quién lo consiguió? ¿Me imagino que lo consiguieron mujeres guerreras?».

«No, no hubo armas». «Claro, eso no puede ser. Las armas de los hombres son más poderosas que las de las mujeres. Entonces, ¿cómo lo conseguisteis?».

«Utilizando nuestros cerebros».

«Pero los cerebros de los hombres son más grandes y pesan más que los de nosotras, ¿no?».

«¿Y qué quiere decir eso? El cerebro de un elefante es más grande y pesa más que el que tiene un hombre y, sin embargo, el hombre los encadena y los convierte en vasallos».

«Bien dicho. Entonces, ¿cómo lo lograste? Me muero por saberlo».

«Los cerebros de las mujeres son más rápidos que los de los hombres. Hace diez años, nuestros oficiales del ejército llamaron a nuestros descubrimientos científicos ‘una pesadilla romántica’ y alguna de nuestras mujeres quería responderles. Sin embargo, las Lideresas les dijeron que no lo hiciera, que responderían con acciones y con palabras cuando tuvieran oportunidad. Y no esperaron mucho para tener esa oportunidad».

«Qué maravilla», dije mientras aplaudía. «¡Y ahora los orgullosos caballeros están teniendo sueños románticos!».

«Pronto empezaron a llegar gente de lugares cercanos buscando refugio en nuestra tierra. Estaban en peligro porque habían cometido algún tipo de ofensa política. El rey, al que le interesaba más su propio poder que el bienestar de su gente, le pidió a nuestra Reina que entregara a toda esa gente. Nuestra Reina se opuso pues entregar a las personas refugiadas iba en contra de sus principios. Entonces el rey declaró la guerra a nuestra Tierra. Todos nuestros soldados se pusieron en marcha para encontrarse con el enemigo. El problema era que nuestro rival era más poderoso que ellos. Nuestro ejército luchó con toda su bravura, pero fueron derrotados. El ejército del rey poco a poco iba invadiendo nuestra tierra.

Todos los hombres habían ido a luchar. No quedaba ni un niño de dieciséis años. Todos estaban en la contienda. La mayoría de nuestros guerreros había muerto y los soldados que quedaban vivos estaban a treinta y cinco millas de nuestra capital.

Se reunió un consejo de nuestras mujeres sabias en el palacio de la Reina para decidir en conjunto qué decisión tomar. Algunas propusieron que lucháramos como guerreras. Otras se opusieron a esta idea diciendo que no sabíamos utilizar ni espadas ni pistolas. De hecho, no conocíamos el manejo de ningún tipo de arma. Algunas de nosotras incluso decían que solo éramos cuerpos débiles que no podrían defenderse.

‘Si no podemos utilizar nuestra fuerza física,’ dijo la Reina, ‘vamos a utilizar el poder de nuestros cerebros’.

Reinó el silencio por unos minutos. Su Alteza Real dijo, ‘me suicidaré si esta tierra y mi honor son derrotados’.

La rectora de la segunda universidad, la que había diseñado un sistema para almacenar la energía solar y recoger el agua de la atmósfera, había estado callada durante toda la consulta. Se levantó y dijo que ya estaba todo perdido, que no había esperanza. Aunque sí que existía una posibilidad que le gustaría intentar como primer y último esfuerzo. Si no funcionaba, entonces sería ella quien se suicidara. Todas dijeron al unísono que ninguna de ellas sería esclavizada o rehén, que no importaba cuál fuera el resultado final.

La Reina agradeció de todo corazón todas las ideas y le pidió a la rectora que llevara a cabo su plan. La rectora se levantó y dijo: ‘Antes de que salgamos de aquí todos los hombres tienen que ser llevados a las *zenanas*. Pido esto por el mismo funcionamiento del *purdah*’. Su Alteza Real aceptó y aprobó esta medida.

Al día siguiente la Reina había pedido a todos los hombres que ocupasen las *zenanas* para mantener el honor y la libertad. Ellos aceptaron porque estaban heridos y agotados. Bajaron sus cabezas y, sin ningún ápice de protesta, entraron en las *zenanas*. Sabían que esta tierra no tenía ninguna esperanza de vencer. Entonces, la rectora pidió a sus dos mil alumnas que marcharan hacia el campo de batalla y, cuando llegaron, utilizaron toda la energía solar y calor acumulado en contra del enemigo. El calor y la luz fue demasiado para ellos. Huyeron despavoridos y asustados sin saber cómo podían

hacer frente a ese calor abrasador. Cuando desertaron, dejaron sus pistolas y todas sus municiones. Y el calor las fundió. ¡Desde ese momento nadie ha osado invadir nuestra Tierra!».

«¿Y desde entonces los hombres nunca han abandonado la *zenana*?».

«Sí, ellos han querido ser libres. Los comisarios de policía y jueces mandaron decir a la Reina que consideraban justo que algunos de ellos fueran encarcelados por su error en la batalla, pero que no todos ellos merecían este castigo, pues los policías y jueces jamás habían desatendido sus tareas, y que por lo tanto pedían regresar a sus puestos de control. Entonces su Alteza Real envió un comunicado diciéndoles que, si alguna vez los necesitaba, los mandaría a buscar, mientras tanto se quedarían donde estaban. Ahora que ya han dejado de quejarse sobre el *pardah* y la reclusión, llamamos *mardana*⁴ a la *zenana*».

«Y, ¿cómo os las arregláis sin jueces cuando ocurre un robo o un asesinato?», le pregunté a Hermana Sara.

«No ha habido ningún tipo de crimen u ofensa desde que el sistema de ‘*mardana*’ ha sido establecido. Así que no se ha requerido que ningún policía encuentre a un criminal o culpable. Y tampoco se ha necesitado que un juez se ocupe de ningún crimen».

«Este sistema es una maravilla. Asumo que, en caso de que alguna persona no sea honesta, es fácil que sea castigada o reciba su reprimenda, ¿no? ¡Tiene que ser fácil mantener a los criminales bajo control pues conseguiste una victoria decisiva sin derramar ni una gota de sangre!».

«Ahora, querida Sultana, ¿te quieres quedar aquí sentada o acompañarme a mi vestidor?», me preguntó.

«Tu alcoba no tiene nada que envidiar a los aposentos de una reina», le respondí sonriendo, «pero ahora te ruego que me disculpes,

⁴ El área masculina de la casa.

porque los hombres en mi tierra deben de estar maldiciéndome por haberme ausentado de las tareas de la cocina durante tanto tiempo». A las dos nos dio un ataque de risa.

«Mis amigas no se van a creer todo lo que les voy a contar sobre *Tierra de las mujeres*. ¡Van a estar entretenidas por mucho tiempo! Qué ganas de contarles todo lo que ocurre en este remoto lugar en el que las mujeres gobiernan sobre todo el terreno, controlando todos los asuntos sociales. ¡Mientras tanto los hombres cuidan de los bebés en las *mardanas*, cocinando y haciendo todos los quehaceres de la casa! ¡Es que aquí incluso cocinar es algo tan fácil que se convierte en una actividad de placer!».

«Cuéntales todo lo que aquí viste».

«Seguro. Ahora, por favor, cuéntame cómo cultivan la tierra, aran los campos y cómo se hacen cargo de todos los trabajos de labranza».

«Labramos nuestros campos de cultivo con electricidad, lo que permite que almacenemos energía motriz que utilizamos para otras tareas, como la transferencia entre distintas antenas en nuestra tierra. Aquí no hay ni rieles ni calles asfaltadas».

«Claro, entonces no ocurren ni accidentes de tren ni de carretera», le dije. «¿Y alguna vez llueve?».

«Nunca desde que se instaló el 'globo de agua'. Mira, ahí puedes verlo, con todos los tubos que salen de él. A través de esas cañerías obtenemos el agua que necesitamos. Y nunca hay tormentas o inundaciones. Estamos muy ocupadas sacando lo máximo de todo lo que la naturaleza nos ofrece así que no tenemos tiempo de entretenernos enfrentándonos entre nosotras porque ya no estamos nunca de brazos cruzados. Nuestra gran Reina está muy interesada en la botánica, de hecho, ¡quiere convertir toda esta tierra en un jardín!».

«¿La idea es magnífica? Por cierto, ¿cuál es vuestro alimento principal?».

«Las frutas».

«¿Y cómo mantienes el país fresquito en medio de este clima caluroso y tropical? Para nosotros las lluvias de verano son la bendición que nos manda el cielo para aguantar tanto calor».

«Cuando el calor se hace insoportable salpicamos el suelo con fuentes que tenemos instaladas a lo largo de todo el terreno. Cuando hace frío utilizamos la energía del sol para templar el país».

«Me llevó a ver su cuarto de baño. Tenía un tejado que se abría siempre que se quisiera. Así, se podía bañar cuando quisiera moviendo la cubierta del techo y abriendo el agua de la ducha».

«Qué suerte tienes», le comenté. «No tienen límites. Por cierto, ¿podría preguntar qué religión se sigue aquí?».

«Nuestra religión está basada en el Amor y la Verdad. Es nuestro deber religioso amar a todo el mundo y hablar siempre con honestidad. Si alguien miente, él o ella...».

«¿Es sentenciado a la muerte?».

«No, aquí no castigamos con la muerte. No sentimos placer al matar a ninguna criatura de Dios, sobre todo si es un ser humano. Al que miente se le pide que abandone esta tierra y no vuelva jamás».

«¿Se perdona alguna vez a quien ha cometido una ofensa?»

«Sí, siempre que esa persona se arrepienta de corazón».

«Eso está muy bien. Se ve que la pureza es lo que gobierna esta tierra. ¡Me encantaría conocer a su Reina, que es tan inteligente y tiene tanta proyección para hacer todas estas reglas!».

«Vale», contestó Hermana Sara. Luego, atornilló dos butacas a una especie de trozo metálico cuadrado. A esta pieza metálica, plana y horizontal, añadió dos esferas pulidas con un acabado perfecto. Cuando le pregunté sobre esas bolas me dijo que eran esferas de hidrógeno que ofrecían resistencia a la energía de la gravedad. Cada esfera tenía una capacidad de resistencia diferente que se utilizaba para lograr diferentes alturas. Más tarde añadió dos hojas metálicas a los laterales de este coche del aire. Parecían dos alas. Me dijo que funcionaban con electricidad. Cuando ya estábamos cómodas, apretó un botón y las alas comenzaron a sacudirse cada vez a mayor velocidad. Al principio ascendimos a una altura de seis o siete pies. Y de ahí echamos a volar. Antes de que me diera cuenta de que nos habíamos desplazado, ya habíamos llegado al jardín de la Reina.

Mi amiga hizo que el coche descendiera cambiando el sentido del movimiento de las alas del vehículo. El coche paró en el mismo momento en el que tocamos superficie.

Había visto a la Reina en uno de los senderos de su jardín cuando el coche todavía estaba en el aire. Estaba acompañada de su hija (que tendría unos cuatro años) y sus damas de cámara.

«¡Hola! ¡Estás aquí!», le dijo la Reina a Hermana Sara. Y entonces me presentaron a su Alteza Real sin ningún tipo de ceremonia. Todo fue distendido y cordial. Estaba muy emocionada de haberla conocido. Conversamos y me dijo que no existía ningún tipo de traba en que su reino comerciara con otros. «Sin embargo,» me dijo, «no es posible tener actividades comerciales con aquellos países que tienen recluidas a sus mujeres en zenanas. Tienen que ser las mujeres las que vengan y mercadeen con nosotras. Nos parece que los hombres se dejan llevar por las morales más bajas y no nos gusta llegar a acuerdos con ellos. No codiciamos la tierra ajena, no luchamos por un trozo de diamante, aunque pueda brillar mil veces más que el Koh-i-Noor. Nos sumergimos en las profundidades del océano del conocimiento e intentamos descubrir los tesoros que la naturaleza ha reservado para nosotros. Disfrutamos, cuanto podemos, de los dones de la naturaleza».

Después de ver a la Reina me enseñaron las dos universidades y algunas de las fábricas, laboratorios y observatorios que tenían. Cuando habíamos visitado todos esos lugares subimos en el coche aéreo y, creo que en el preciso momento en el que se puso en movimiento, me quedé dormida. Me empecé a despertar cuando comenzamos a descender. Al abrir los ojos me encontré balanceándome en la silla de mi habitación.